



PARRY O'BRIEN, EL REY DEL PESO

***"Es gratificante haber contribuido al engrandecimiento del deporte, pero más aún si lo has hecho con el aplauso de los tuyos".**

«Old soldiers never die...They just fade away.» Los viejos soldados nunca mueren... sólo se marchitan. Esta es la frase que mejor le viene a nuestro personaje de hoy, Perry O´Brien, que pasa por ser el lanzador de peso más grande de todos los tiempos. Uno de estos raros atletas que entran dentro del terreno de la leyenda no por una marca determinada, como pudieran ser los casos de Dick Fosbury, Jim Hines o Bob Beamosn, sino por toda una trayectoria.

Durante su inigualada carrera ha estado en la cima mundial más tiempo que nadie y al igual que Edwin Moses corre contra una computadora para superarse así mismo en una alocada carrera de récords desde que el 9 de mayo de 1953 lanzara en El Fresno (California) el peso a 18 metros, batiendo nada menos que en 14 ocasiones su propio récord mundial. Y cuando todos lo daban por acabado, el 28 de mayo de 1966 lograba, en Honolulu (Hawai), su mejor lanzamiento: 19,39 metros. Tenía treinta y cuatro años y estaba al borde de la retirada. Perry O´Brien es una leyenda del deporte, al que a sus dos medallas de oro y una de plata olímpicas hay que adicionar otras dos de oro, una de plata y otra de bronce en los Juegos Panamericanos, así como dieciocho de oro y doce de plata en los Campeonatos de Estados Unidos que él considera por su dificultad como auténticos campeonatos del mundo. Actualmente O´Brien es el campeón USA de la tercera edad, pero curiosamente en natación. Los viejos soldados nunca mueren. A lo sumo se les arruga la piel. Se marchitan un poco.

Perry O´Brien ha vivido siempre en Santa Mónica soñando frente al Pacífico y disfrutando de las incomparables puestas de sol que se divisan desde la larga y bien cuidada playa. En Santa Mónica vino al mundo, el 28 de enero de 1932, y en Santa Mónica sigue trabajando cuando ya los resplandores de su glorioso pasado deportivo se están extinguiendo:

--Ahora trabajo para el gobierno de California como agente inmobiliario, y como soy de naturaleza competitiva participo en pruebas de la tercera edad. Soy campeón de mi edad... en natación. No tomo parte en lanzamientos de peso porque estaría solo. Es un deporte para jóvenes.

O'Brien sonríe y hasta su secretaria parece sorprenderse, ya que es un hombre extremadamente serio y poco dado a las veleidades de ningún tipo. Impone por su envergadura física y lo adusto de su gesto. La "licencia" que se ha permitido acerca del lanzamiento de peso es una excepción y quizá se deba a que se siente cómodo hablando con alguien como yo que le recuerda el ayer.

--Mis padres trabajaban en el cine, aunque detrás de las cámaras. Mi padre era jefe de electricistas y mi madre le ayudaba. Mis principales recuerdos de niño se refieren a la playa que siempre me ha gustado mucho, y al fútbol americano y al baloncesto, que eran los deportes que más me gustaban, quizá por mi estatura. En 1949 en la Escuela Superior me obligaron a elegir un deporte, entonces me incliné por el atletismo y en concreto por el lanzamiento de peso y disco. Así empecé en estas especialidades.

--Que le llevarían a la cima mundial...

--En peso, sí. En disco siempre fui un lanzador discreto, aunque una vez, en Compton en 1953, durante un mitin en el que establecí un nuevo récord mundial en peso, lancé el disco a cincuenta y dos metros, por lo que logré preocupar al entonces recordman, Sam Hiness, que había sido además campeón olímpico en Helsinki un año antes.

--Al igual que usted...

--Al igual que yo, en peso. Pero ésta no sería mi primera satisfacción. Mi primera alegría como deportista la tuve en 1951, año en que gané mi primer campeonato de Estados Unidos, que es como ganar el campeonato del mundo. Se celebró en Berkeley y con un lanzamiento de 16,74 metros me impuse a Jim Fuchs,

que era campeón del mundo y que no tuvo su día. Luego, sí, vino la Olimpiada en la que introduje una nueva técnica en el lanzamiento de peso, consistente en apoyar la bola en la barbilla y dar una vuelta completa sobre ti mismo antes de disparar el brazo. Practiqué en secreto durante dos horas diarias con mi entrenador, Jesse Mortenssen, hasta que lo dominé perfectamente. En Helsinki tuve la suerte de ganar y de que a partir de entonces los demás lanzadores asimilaran la nueva técnica.

curiosamente, en Helsinki-52 Perry O'Brien superaría el récord olímpico que había establecido cuatro años antes en los Juegos de Londres, otro ciudadano de Santa Mónica, Wilbur Thompson. Pero su fama sería ya imparable a partir del 9 de mayo de 1953, que establecía en las pistas de la localidad californiana de Fresno un nuevo récord del mundo, al lanzar el peso a dieciocho metros (cinco centímetros más que el anterior de su compatriota y amigo Jim Fuchs) y pasar a dominar por espacio de un lustro el panorama mundial. Ni Darrow Hooper, ni Fuchs, ni Bill Nieder, ni el checo Skobla, lograban hacerle sombra. Desde 1953 a 1959 sólo Dallas Long, un tejano que sería campeón olímpico en Tokio le inquietó esporádicamente. Perry O'Brien era el rey.

--Habléme de la Olimpiada de Melbourne.

--De Melbourne lo que más recuerdo no fue la participación personal, ya que volví a ganar, sino el recibimiento que me hicieron en Santa Mónica a la vuelta de Australia. Fue algo maravilloso e increíble. Entonces me di cuenta de que lanzando peso trabajaba por mi ciudad y eso me lleno de orgullo. Es gratificante haber contribuido al engrandecimiento del deporte, pero más aún si lo has hecho con el aplauso de los tuyos.

--Sin embargo, de dinero...

--Con el deporte no gané ni un centavo. En aquel tiempo no se pagaba. Pero al finalizar mis estudios yo me ganaba la vida trabajando como agente inmobiliario para el Gobierno de California. Y en eso sigo.

--¿Cuándo se retiró de la competición elitista?

--En 1966, tras quince largos años de actividad internacional. curiosamente, al borde de la retirada, logré en Honolulu (Hawai) mi mejor lanzamiento: 19,39 metros. Pero entonces ya estaba lejos de los 20,70 de mi paisano Reny Matson, que era recordman mundial y e 1968 lo sería también olímpico. Yo estaba en lo mejor de mi carrera, pero me flaqueaban las fuerzas y decidí dejarlo. Un poco porque estaba cansado y otro poco porque dejándolo a tiempo gané mi última prueba, la más difícil, la prueba de la retirada.

Hoy, veintidós años después, Perry O'Brien es feliz viendo cómo su hija mayor, de veintinueve años, juega al tenis y la otra, de veinte, al voleibol. Feliz, como cuando era niño, de pasear por la magnífica playa de Santa Mónica, donde un día, es de suponer, le dedicarán una calle. Historia sí ha hecho Perry O'Brien.
